

# Mario y el mago

Thomas Mann



*Mario y el mago*, bien podría ser calificado como de novela corta más que de relato corto en cuanto a su extensión. Pero no sólo este matiz, hace de ella una magnífica narración, y en la que una vez más, Thomas Mann intenta diseccionar a la sociedad centroeuropea de principios del siglo XX en ese difícil y tormentoso período que divide a las dos Guerras Mundiales. En este caso, el escritor alemán, basa su historia en las vacaciones que una familia extranjera pasa en la villa italiana de Torre di Venere. Una vez allí, el narrador nos presentará bajo la excusa de acontecimientos cotidianos, como la expulsión de dicha familia del hotel donde se hospedan por culpa de una pasada tos ferina ya repuesta, la radiografía del ambiente que en aquella época se va respirando en una sociedad italiana inundada por el fascismo y un nacionalismo exacerbado.

Torre di Venere me dejó el recuerdo de una atmósfera desagradable. Flotaba en el aire, desde un principio, cierta contrariedad, irritación, sobreexcitación; se produjo luego el choque con el terrible Cipola en cuya figura parecía encarnarse y concentrarse amenazadora toda la malignidad del ambiente; figura nefasta y hartamente impresionante para los ojos humanos.

El desenlace resultó espantoso (posteriormente nos pareció que estaba determinado de antemano por la misma naturaleza de las cosas) y la desgracia quiso, por añadidura, que hasta los niños asistieran a ello. Fue una situación lamentable, bastante extraña ya en sí, y que se debía a una mala inteligencia provocada por las falaces promesas de aquel hombre tan pintoresco. Los niños no comprendieron —¡gracias a Dios!— dónde acababa el espectáculo y dónde comenzaba la catástrofe, y se les dejó sumirse en la feliz ilusión de que todo había sido mero teatro.

Torre se halla situada a quince kilómetros, aproximadamente, de Porto Clemente, una de las plazas más frecuentadas del Mar Tirreno. Con su elegancia urbana, abarrotado durante varios meses, Porto Clemente brinda al turista una calle abigarrada con bazares y hoteles, y a lo largo del mar, una amplia playa cubierta de toldos, castillos engalanados con banderas y hombres bronceados, así como la ruidosa animación de las diversiones. Como quiera que la playa, bordeada por bosques de pinos y dominada a poca distancia por las montañas, conserva en toda la extensión de la costa su fina arena y su acogedora anchura, no es de admirar que, muy pronto, se estableciera algo más lejos una concurrencia más calmada: Torre di Venere, en donde, des-

de luego, ya hace mucho tiempo que hubiera sido vano buscar la torre a la que el lugar debe su nombre. En cuanto lugar veraniego es un rebrote del gran balneario vecino; durante unos cuantos años, para algunas gentes, fue un sitio idílico, un refugio de esos amigos del elemento marino que rehuyen las mundanidades. No obstante, tal como ocurre siempre, la paz tuvo que abandonar a Torre para desplazarse un poco más lejos sobre la costa, a Marina Petriera, o Dios sabe adónde; la gente, como todos sabemos, busca la paz y la expulsa abalanzándose sobre ella con una pasión ridícula; e incluso es capaz de imaginarse que la paz no ha huido aún de aquel lugar en que acaba de erigir su ruidosa feria.

A ello se debe que Torre, aunque sea todavía más contemplativa y modesta que Porto Clemente, es un lugar muy frecuentado por italianos y extranjeros. Ya se deja de acudir al gran balneario de fama mundial, aunque sólo en la medida en que continúe siendo un famoso balneario donde nunca se encuentra una habitación libre; se va al lado, a Torre, lo que incluso resulta más «distinguido» además de ser menos costoso, y la fuerza atractiva de dichas cualidades continúa ejerciéndose aun cuando éstas hayan dejado de subsistir.

En la actualidad, Torre posee ya su *Grand Hotel*; se han establecido allí numerosas casas de huéspedes, lujosas o sencillas; los propietarios e inquilinos de las villas estivales y de los jardines poblados de pinos bordeando el mar ya no conocen la tranquilidad de la playa; en julio o en agosto, el cuadro que ofrece el lugar en nada se diferencia ya del de Porto Clemente. Por doquier, pululan niños vestidos con traje de baño que gritan, gorjean y se disputan bajo el ardor de un sol que les pela la nuca; sobre el fulgurante azul se balancean unas barcas llanas pintadas con colores chillones, tripuladas por otros niños, mientras las madres, intranquilas, los buscan con inquietos ojos y llenan el aire con los sonoros nombres de pila de los mismos; y los vendedores

de ostras, de refrescos, de flores, de adornos de coral y de *cornetti al burro* pisan los miembros de las personas tendidas en la arena, anunciando a grandes gritos su mercancía, con la voz llena y franca del Sur.

Tal era el aspecto que ofrecía Torre a nuestra llegada.

El lugar nos pareció bastante hermoso; desde luego, juzgamos que habíamos llegado demasiado temprano. Era a mediados de agosto y, por consiguiente, la temporada italiana se hallaba en su apogeo; no es éste el momento más oportuno para los extranjeros que desean apreciar los encantos de aquel lugar.

¡Qué multitud, por las tardes, en los jardines de los cafés del paseo —por ejemplo, en el *Exquisito*, adónde solíamos ir de vez en cuando, y en donde nos servía Mario, aquel mismo Mario del que hablaré más adelante—! Apenas es posible encontrar una mesa libre y las orquestas, desentendiéndose una de otra, entrecruzan recíprocamente sus melodías. Por añadidura, todas las tardes llegan refuerzos de Porto Clemente, y es muy natural que Torre sea para los huéspedes turbulentos de aquella ciudad de placeres una meta favorita de excursión, lo que tiene por consecuencia que los automóviles Fiat que pasan en uno y otro sentido, cubran los arbustos de laurel y oleandro que bordean la carretera, de un espeso polvo blanco; espectáculo que resulta pintoresco, pero repelente a la vez.

A decir verdad, es septiembre el mes en que se debe ir a Torre de Venere, cuando el balneario se haya librado ya del gran público, o en el mes de mayo, antes de que el mar alcance aquel grado de calor que acabe por decidir a los meridionales a sumergirse en sus aguas.

Por lo demás, Torre no aparece tampoco abandonada antes ni después de la temporada; pero, no obstante, es más tranquila y menos «nacional». Bajo los quitasoles de los toldos y en los comedores de las pensiones se oye hablar sobre todo inglés, alemán y francés, mientras en el mes de agosto, el forastero encontrará los hoteles —por lo

menos el Grand Hotel en el que habíamos reservado nuestras habitaciones, a falta de otras direcciones más personales— enteramente en manos de la buena sociedad florentina y romana, hasta tal punto que se sentirá aislado y en determinados momentos, le parecerá que no es más que un huésped de segunda categoría.

Tal fue la molesta experiencia que hicimos la misma noche de nuestra llegada, al bajar al comedor con la intención de cenar y al indicarnos el jefe de los camareros una mesa. No había nada que reprochar a dicha mesa; pero nos cautivaba la vista de la terraza vecina, cuyos ventanales vidrieros daban sobre el mar; estaba tan animada como la sala, pero no tan llena, y en las mesitas brillaban unas diminutas lámparas con pantalla roja.

Los niños se mostraron encantados con aquel esplendor y declaramos a los camareros, simplemente, que preferíamos comer en la terraza; lo que sólo puso de manifiesto nuestra ignorancia, según parecía, pues fuimos informados con una cortesía algo forzada de que aquel puesto íntimo estaba reservado «a nuestros parroquianos», *ai nostri clienti*.

¿A nuestros clientes? Pero ¡si también nosotros lo éramos! Y no sólo unos meros transeúntes efímeros, sino que íbamos a habitar la casa durante tres o cuatro semanas, como huéspedes fijos. No pretendimos insistir para poner en claro la diferencia existente entre gente como nosotros y aquella clientela que gozaba el privilegio de comer a la luz de las lamparitas encarnadas y acabamos tomando el *pranzo* en la mesa que nos fue asignada en la sala, iluminada por la luz ordinaria y común. La cena resultó, desde luego, bastante mediocre, según la sempiterna norma hotelera, sin personalidad y aun poco sabrosa; más tarde, encontramos mucho mejor la cocina de la *Pensión Eleonora*, diez pasos más alejada de la playa.

Allí nos trasladamos, en efecto, antes de habernos instalado decididamente en el *Grand Hotel*, transcurridos tres o

cuatro días: no por el atractivo de la veranda y las lamparitas encarnadas, ya que los niños, amistando en seguida con los camareros y los botones, embrujados por los placeres del mar, olvidaron rápidamente la seducción de las pantallas coloradas.

Pero chocando con determinados parroquianos de la codiciada veranda —o mejor dicho, tan sólo con la dirección del hotel, la cual se deshacía en complacencias ante los mismos—, pronto surgió uno de aquellos conflictos que son capaces de imprimir, desde un principio, el sello del desagrado a una estada.

Entre dichos parroquianos se hallaban varios miembros de la alta aristocracia romana, un príncipe X con su familia; y como quiera que las habitaciones de dicho grupo eran inmediatas a las nuestras, la princesa —muy gran señora y al mismo tiempo apasionada madre— quedó aterrorizada al descubrir los restos de una tos ferina que poco antes afectara simultáneamente a nuestros hijos, y cuyos débiles ecos tardíos continuaban interrumpiendo todavía de vez en cuando, durante la noche, el sueño generalmente imperturbable del más pequeño.

La naturaleza de dicha dolencia se conoce todavía bastante poco, dejando amplio campo para que se mantengan ciertas supersticiones acerca del tema. Por consiguiente, no nos enojamos por que nuestra distinguidísima vecina diera fe a la tan extendida creencia de que la tos ferina es también contagiosa por vía acústica, temiendo sobremanera que el mal ejemplo trascendiese a sus pequeños. Movida por un sentimiento de su dignidad, se quejó de ello ante el director del hotel y éste —cumplido *manager* enlevitado— se apresuró a manifestarnos, con no poco sentimiento, que en tales condiciones, era absolutamente preciso que nos alojáramos en una dependencia anexa al establecimiento.

Resultó completamente inútil elevar protestas, alegando que la enfermedad del niño se hallaba en su fase final, que se la debía considerar como acabada y que, desde luego,

no ofrecía peligro alguno para el medio ambiente. El máximo que se nos concedió fue llevar el conflicto ante la autoridad médica, planteando el problema con vistas a una decisión inapelable, al doctor de la casa: única y exclusivamente a éste, y a ningún otro que hubiéramos podido proponer nosotros mismos.

Aceptamos dicho acuerdo, convencidos como estábamos de que de este modo la princesa quedaría tranquilizada, evitándonos a la vez la molestia de un traslado. Presentóse el doctor y dio pruebas de ser un leal y sincero servidor de la ciencia. Auscultó al pequeño, dio por terminada la evolución de la dolencia y negó rotundamente la existencia del menor peligro. Ya nos suponíamos con derecho a dar por resuelto el incidente; pero he aquí que el director del hotel nos declaró inmediatamente que, a pesar del dictamen facultativo, era preciso dejar nuestras habitaciones y que nos alojáramos en el anexo del establecimiento.



Tamaño bizantinismo nos sublevó. Era inverosímil que la desleal testarudez con que acabamos de chocar pudiera atribuirse a la princesa. Sin duda el servil hotelero no se había atrevido siquiera a comunicarle el resultado del examen médico. De todos modos, le dimos a comprender que preferíamos abandonar completamente el hotel, y, sin más tardar, preparamos nuestras maletas. No nos costaba mucho obrar de esta manera, pues entretanto habíamos tenido ocasión de entablar relaciones con la pensión *Eleonora*, cu-



yo aspecto amable e íntimo nos gustó desde el primer momento, ganando una conocida altamente simpática, en la persona de la propietaria *signora* Angiolieri.

La señora Angiolieri, graciosa dama de ojos negros, de tipo marcadamente toscano, podía estar alboreando los treinta. Tenía la tez marfil mate de tantas mujeres meridionales. Su esposo, hombre vestido con sumo esmero, silencioso y calvo, poseía en Florencia un hotel bastante grande, y el matrimonio no dirigía la sucursal en Torre di Venere sino en verano y a principios del otoño.

Sin embargo, antaño —antes de su matrimonio— nuestra nueva anfitriona había sido dama de compañía e incluso amiga de la Duse, tiempos que ella misma consideraba, según toda evidencia, como la época más grande y feliz de su vida, comenzando a explicarnos recuerdos de la gran actriz trágica desde nuestra primera visita a su casa.

Las mesitas y estanterías del salón de la señora Angiolieri aparecían ornadas con innumerables fotografías de la famosa actriz, animadas con afectuosísimas dedicatorias así como muchos otros recuerdos de su vida pretérita. Y aunque no fuera totalmente atrevido suponer que el culto a su interesante pasado estaba en cierto modo destinado a acrecentar la atracción de su empresa actual, escuchamos el relato que nos hacía con su acento toscano *staccato* y sonoro, mientras rendía los honores de su casa sirviéndonos de guía a través de las estancias, la doliente bondad, el genio del corazón y la profunda ternura de la inmortal artista.

Mandamos trasladar allí nuestro equipaje, con vivo sentimiento del personal del *Grand Hotel*, el cual —según costumbre muy italiana— quería mucho a los niños. Las habitaciones que nos fueron asignadas eran independientes y agradables; era facilísimo el contacto con el mar, por una avenida de plátanos jóvenes que conducía al paseo de la playa; el comedor, en donde la propia señora Angiolieri servía la sopa a sus huéspedes, era fresco y pulcro; el servicio, atento y complaciente, las viandas excelentes. Incluso

encontramos en la pensión a unos amigos de Viena con quienes podíamos platicar ante la casa, después de la cena, y gracias a los cuales conocimos a otras personas más. Así todo prometía discurrir plácidamente; nos sentimos felices de aquella mudanza y nada nos faltaba para estar satisfechos de nuestra estancia.

Y, sin embargo, no era posible encontrarnos completamente a gusto. Acaso nos perseguía aún el motivo absurdo de nuestro cambio de alojamiento; en cuanto a mí se refiere, confieso que me cuesta acomodarme al roce con ciertos modales humanos —demasiado humanos—, como son el abuso cándido del poder, la injusticia y la corrupción servil. Me preocuparon durante mucho tiempo, sumiéndome en reflexiones irritadas cuya esterilidad es consecuencia de la excesiva facilidad y naturalidad de esta clase de fenómenos.

A pesar de todo, ni siquiera nos sentíamos enfadados con el *Grand Hotel*. Los niños continuaban cultivando sus amistades en él; el conserje les reparaba sus juguetes rotos y de vez en cuando tomábamos el té en el jardín de dicho establecimiento, no sin encontrar a la ya mencionada princesa, que, con sus rojos labios, reforzados artificialmente con un matiz de coral, hacia su aparición con pasos graciosamente seguros, para ver a sus amadísimos hijos, confiados durante todo el día a la vigilancia de una señorita inglesa; no parecía sospechar siquiera nuestra peligrosa vecindad, pues tan pronto como ella aparecía, quedó estrictamente prohibido a nuestro pequeño que tosiera o carraspeará lo más mínimo.

¿Es preciso añadir que el calor era excesivo? Resultó verdaderamente africano; en cuanto uno se alejaba de los bordes de la azul frescura, el reino del terror solar se hacía tan inexorable que los contadísimos pasos para ir de la playa a la mesa del almuerzo, aun cuando uno sólo estuviera ataviado con un ligero pijama, constituían una empresa penosa que hacía soltar suspiros de antemano.

¿Os place esto? ¿Podéis gustar de ello durante semanas? Es el Sur, qué duda cabe; el tiempo clásico y el clima que viera florecer la civilización humana; es el sol de Homero, etcétera... Sin embargo, al cabo de cierto tiempo, soy incapaz de evitar que encuentre ese clima estúpido. El ardiente vacío del cielo se me hace pesado, a la larga; bien es verdad que la vivacidad de los colores, la inmensa candidez de la luz y su integridad despiertan sentimientos alegres, inspiran despreocupación y nos confieren independencia frente a los caprichos y sorpresas del tiempo. Pero, sin que lo apercibamos en un principio, aquella claridad deja insatisfechas otras necesidades más profundas y complejas, del alma nórdica, acabando por inspirar algo semejante a menosprecio.

Tenéis toda la razón: sin aquella historia tan nimia de la tos ferina, sin duda no me hubiera asaltado la misma impresión. Me sentía contrariado; a veces quería sentirlo y de un modo semiinconsciente aprovechaba un motivo espiritual que se ponía a mi alcance, si no para producirme aquel sentimiento, al menos para legitimarlo y corroborarlo. Pero si nos queréis imputar mala voluntad —ello es obvio en cuanto se refiere al mar y a las mañanas pasadas sobre la fina arena, frente a un eterno esplendor—; no obstante, contrariamente a cuanto hubiera podido esperarse, ni siquiera en la playa conseguimos encontrarnos a nuestro gusto y sentirnos felices.

Era todavía temprano, demasiado temprano. La playa se hallaba en poder de la clase media indígena, tipo de humanidad agradable, evidentemente, y una vez más tenéis razón; entre los jóvenes, se podía admirar mucho encanto físico y sana gracia; pero nos veíamos también inevitablemente rodeados de mucha humana mediocridad y tontería pequeño burguesa, lo que —confesadlo— aun llevando el sello de aquellas regiones, no resulta más encantador que en nuestras tierras del norte.



¡Qué voces de mujer! A veces cuesta mucho trabajo creer que nos hallamos en la patria del canto occidental: «¡Fuggièro!»... Aún hoy tengo en el oído este apelativo, por haberlo oído resonar cien veces, muy cerca de mí, durante veinte mañanas, proferido por una voz impudicamente ronca, horriblemente acentuada, con una è abierta marcadísima, soltada con cierta especie de desesperación mecánica.

—¡Fuggièro! ¡Rispondi al mèno!

Pronunciaba *sp* a la moda popular, como *xp*, teniendo esto solo la gracia de irritarme cuando, por añadidura reinaba ya en mí cierto malhumor.

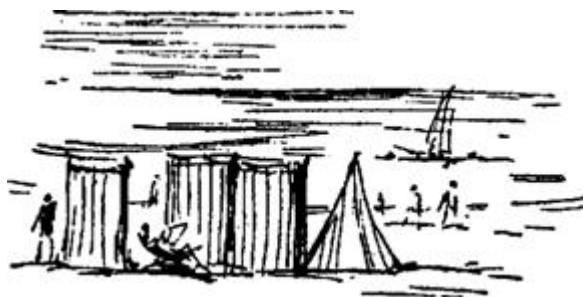
Aquel grito iba destinado a un horrible mozalbete que ostentaba entre sus omóplatos una repugnante llaga producida por el sol, y que representaba el más extremado caso de cuantos yo pudiera sospechar en materia de desobediencia, tontería y maldad. Por lo demás, tratábase de un muchacho extraordinariamente cobarde, y tan mimado que era capaz de amotinar toda la playa por sus sublevadoras lamentaciones.

Cierto día, en el agua, un cangrejo le había pinchado un dedo gordo del pie; por tan fútil motivo lanzaba unos gemidos dignos de los héroes de la Antigüedad, que se clavaban en el alma y daban la impresión de haber ocurrido una

horrible desgracia. Todo parecía indicar que Fuggièro se creía afectado por la herida más envenenada del mundo. Se arrastró a gatas hasta la tierra, revolcándose dando a entender unos dolores que parecían insoportables y ululando gritaba:

—¡*Ohi!* ¡*Oimè!* —rechazando las trágicas conjuraciones de su madre y las exhortaciones de los demás presentes, con violentas brazadas y patadas distribuidas a diestro y siniestro.

La escena atrajo espectadores de toda la playa. Fue llamado un médico; aquel mismo que formulara sobre nuestros ferros un juicio tan sensato; una vez más se le brindó ocasión para demostrar su lealtad científica. Al mismo tiempo que intentaba consolar amablemente al pilluelo, declaró la insignificancia de la herida y recomendó al paciente que volviera al agua para refrescar la mordedura minúscula. Pero en vez de escucharle, como si se tratase de un herido o de un ahogado, Fuggièro fue llevado de la playa sobre una camilla improvisada, seguida por un nutrido cortejo. A la mañana siguiente, fingiendo que lo hacía por descuido y sin intención, volvió a dedicarse a destruir los castillos de arena de los demás niños. En una palabra, era un monstruo.



Por lo demás, aquel muchacho de doce años pertenecía a los principales representantes de un general estado de ánimo muy difícil de captar y que nos estropeó una estancia tan encantadora, haciéndola poco segura.

Por decir así, el ambiente carecía de inocencia y de libertad; todo aquel público se vigilaba mutuamente, sin que pudiera descubrirse en un principio en qué sentido y con qué fin; se vanagloriaba, exhibía suma gravedad y gentileza, así como un amor al honor siempre en acecho... ¿Mas, por qué? No se tardaba en comprender que todo era política y que se encontraba en juego la idea misma de la nación.

En efecto, en la playa pululaban niños patrioterros, fenómeno anormal y deprimente. ¿No constituyen los niños una especie humana y una sociedad para sí; una nación propia, por así decir? Basándose en su forma común de vida, se unen fácil y necesariamente, aun cuando su vocabulario respectivo pertenezca a idiomas diferentes. Los nuestros no tardaron en jugar con los niños italianos, así como con muchos otros de origen muy diverso. Pero, evidentemente, tuvieron que sufrir misteriosas desilusiones. Hubo susceptibilidades, exteriorizaciones de un sentimiento de orgullo que parecía demasiado espinoso y doctrinario para merecer enteramente tal denominación. Surgieron querellas de bandera, disputas sobre consideración y primacía; los adultos se mezclaban en las disputas y no con un afán conciliador, sino más bien para decidir y procurando salvaguardar principios. Se hizo cuestión de la grandeza y la dignidad de Italia, con discursos sin serenidad que estropeaban los juegos. Vimos a nuestros dos pequeños retirarse molestos, sin comprender nada de cuanto ocurría y nos costó mucho trabajo explicarles hasta cierto punto la situación: aquella gente —así les decíamos— atravesaba un período, un estado algo semejante a una enfermedad, tal vez no muy agradable, pero necesario...

Por culpa nuestra y a consecuencia de una evidente negligencia, se suscitó un conflicto con dicho estado de cosas que, sin embargo, habíamos reconocido y apreciado a tiempo; otro conflicto más: parecía como si los precedentes no se debieran por completo a azares distintos.

Digámoslo pronto y en pocas palabras: escandalizamos la moral pública. Nuestra hijita, de ocho años de edad, pero aparentando un buen año de retraso en su desarrollo físico, delgada como un gorrión, tornó a dedicarse a sus juegos en la playa con su trajecito de baño mojado, después de una prolongada inmersión que permitía y hasta aconsejaba el intenso calor. La autorizamos para que volviera otra vez hasta el mar para lavar su traje rígido por la arena que se le había pegado y que se lo pusiera, guardándose de ensuciarse otra vez.



Completamente desnuda, corrió hasta el agua, a una distancia de pocos metros y volvió. ¿Cómo hubiéramos podido prever la ola de burlas y mofas, de escándalo y protestas que suscitó su conducta o, dicho en otras palabras, *nuestra* conducta? No os estoy dando aquí una conferencia, pero el hecho es que en el mundo entero, la actitud para con el cuerpo y su desnudez, durante los últimos decenios ha evolucionado tan fundamentalmente que ha transformado nuestra sensibilidad. Existen cosas a las que ya no se atribuye importancia y entre ellas figura la libertad acordada a ese cuerpo de niña que no tenía lo más mínimo de provocador. Ello no obstante, produjo un efecto de provocación. Los niños patrioterros se pusieron a gritar. Fuggièro empezó a silbar con los dedos. Una animada conversación entre personas de nuestra vecindad nada bueno prometía. Un caballero vestido como para lucir en la ciudad, cubierto con un bombín (prenda muy poco idónea para la playa) inclinado sobre la nuca, asegura a las damas indignadas que